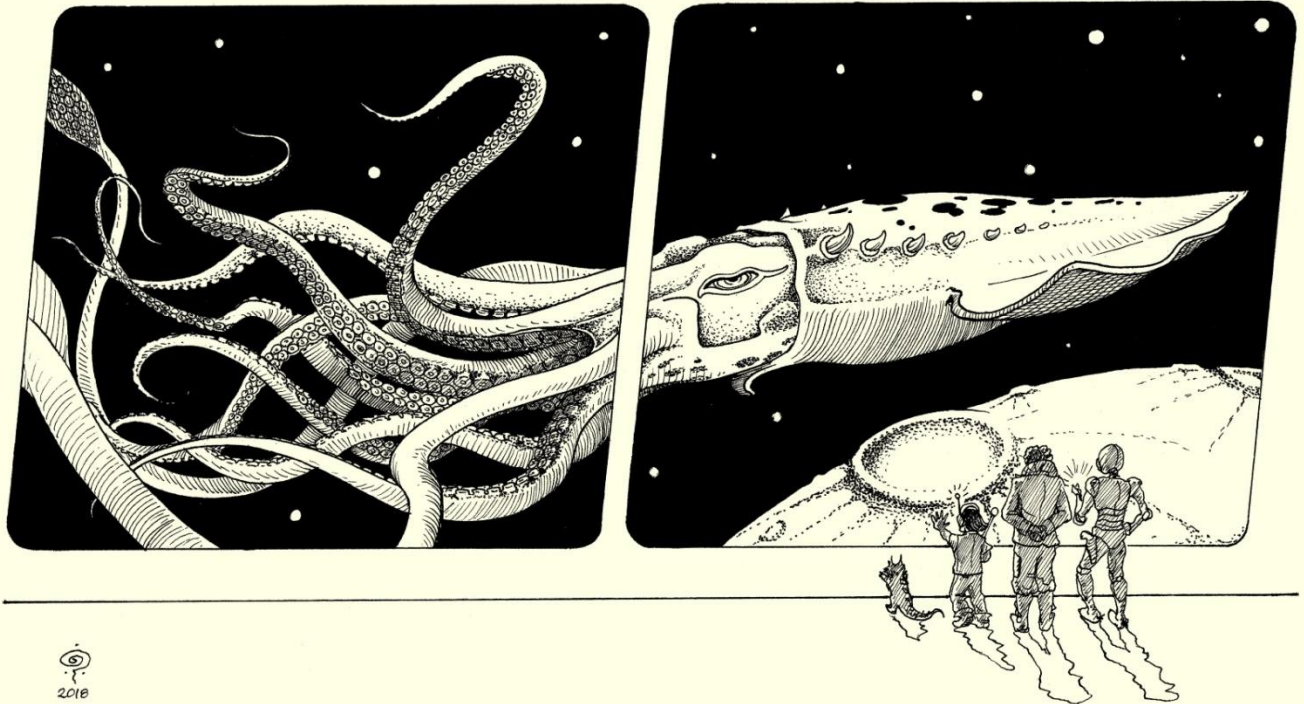


REVISTA



EXOCEREBROS

2

Aviso Legal

La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos publicados en Revista Exocerebros, así como la titularidad de los mismos, pertenece a sus respectivos autores.

Bienvenidos, buscadores de mundos ucrónicos. En esta oportunidad, damos a conocer los cuentos de Álvaro Zúñiga, Pedro Samayoa Arenales, Carlos Ruiz Santiago, Ramón V. Lavardy, Sia Khe, Alberto Sánchez, Krsna Sanchez, Giovanni Orozco. Además, contamos con un texto de Gustavo Chávez Marcos, “En el espacio nadie puede oír tus gritos”.

Pasen adelante y muchas gracias por viajar con nosotros.



Índice

	pág.
El escritor	6
Creer o dejar de creer	9
Los verdaderos reyes	18
El santuario en el bosque	30
Subsanación del efecto	41
La procesión	44
Incorruptibles	54
Una lata difícil de abrir	57
Desconectado	64
En el espacio nadie puede oír tus gritos	76

El escritor.

Álvaro Zúñiga

San José, Costa Rica (1989)

Oriundo de desamparados, filólogo y docente, ha publicado algunos relatos para revistas como Comelibros y la Editorial Estudiantil de la Universidad de Costa Rica. Actualmente investiga sobre la ciencia ficción latinoamericana.



Escribió:

“Seres de mundos
lejanos, cinco dedos
en dos
prolongaciones
superiores
e inferiores.

Un par de círculos
móviles en la cabeza.
No cinco, tan solo dos,
espeluznantes.

Sin garras, sin tentáculos. Una masa
caminante esparcida en grupos sobre un
mundo lejano y horrible”.

La sirvienta trajo la cena enseguida. Sonrió
maliciosamente.

Sin comprender la expresión, el escritor abrió la bandeja.

Frente a él una diminuta criatura de cinco dedos, dos ojos, dos brazos y dos piernas gritó de alegría.

Hiperventilando, el extraterrestre despertó.

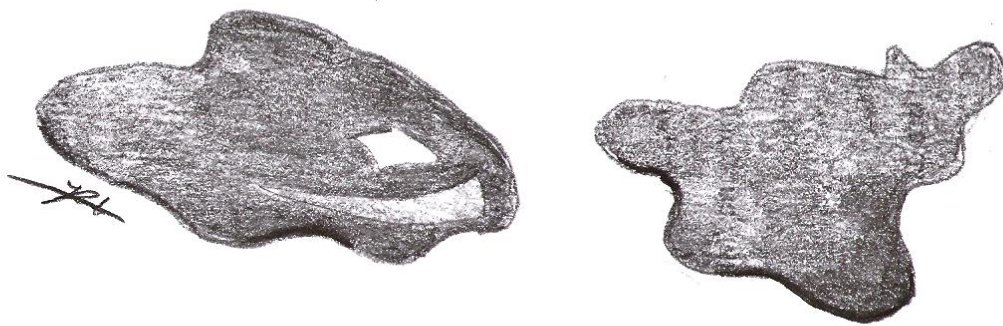
Creer o dejar de creer, depende de dónde estés.

Pedro Samayoa Arenales

(Alias el Cadejo)

Guatemala (sexto mes del año 55 del siglo pasado día Imox, según el calendario Maya). Psicopedagogo, montañista en receso, fotógrafo, lector empedernido y escritor en ciernes. Trekkie devoto, cinéfilo de vocación y musicofílico de nacimiento. Los caminos del cadejo son variados: educación, psicopedagogía, neurociencias, psicología, filosofía, historia, cultura y arte en general y la literatura en particular.

www.lacuevadelcadejo.wordpress.com



HERMINIO Scott bajó del destartelado transporte con su maleta auestas. En estos transportes comerciales no había banda para equipaje y los robots conserjes brillaban por su ausencia.

Su llegada a Puerto Marte siempre le producía cierto desasosiego. Las historias que contaban sobre fantasmas lo ponían nervioso y, aunque era un descreído, también era de los que pensaban que creer y dejar de creer depende de dónde estés.

Ya pasada la hora del atardecer marciano, en la vieja estación orbital se ajustan a la

hora terrestre para comodidad de los viajeros interplanetarios. Puerto Marte era una de las primeras estaciones espaciales aún en operación y semi abandonadas luego de la Gran Migración terrestre hacia el planeta rojo a finales del siglo anterior. Llevaba ya varias décadas siendo solo una estación de paso para los grandes transbordadores tierra-marte y era utilizada como bodegas, estación de suministros para veleros solares, refugio más o menos clandestino para piratas, contrabandistas y agentes viajeros encargados de la mercadería que se amontonaba en cualquier rincón.

Herminio se acercó al puesto de información. Presionó el grasiento botón que decía HOSPEDAJES. El aparato, un modelo viejo y desvencijado era tardado y ruidoso; enormes BITES, las famosas cucarachas marcianas cruce de las

originales terrestres, de un palmo de largo y agresivas como hormigas, pululaban entre las cajas.

–Ciertamente esto es un desastre, no sé porque me ocupo yo de estos antros, dijo con voz cansada.

La anticuada máquina le asignó el nada prometedor HOSTAL SPECTRA y se dirigió a los tubos neumáticos que conectaban los nodos de distribución de la estación. Arrastrando su pesada maleta de componentes y repuestos para veleros solares, se encaminó hacia los agujeros negros que tenía delante.

-Extraño las cintas transportadoras de Luna, se decía mientras se dirigía a los tubos transportadores. –Estos viejos agujeros (succionadores) dan algo de miedo, pensó Herminio.

Durante las tres semanas a bordo del transbordador que iba de Puerto Luna a Puerto Marte le habían contado historias de viajeros que, desorientados, se habían perdido en los tubos y nunca llegaron a su destino. Cuando le contaron que muchos de ellos aún vagaban por los corredores abandonados de la vieja estación, imaginó unos dedos fríos rozándole en la oscuridad y un escalofrío le recorrió la espalda.

Después de unos minutos viajando con los ojos cerrados por los tubos, llegó al HOSTAL SPECTRA un ruinoso local que más parecía un hangar de deslizadores. Apareció frente a él, iluminado con un tenue resplandor de butano agonizante. Puso la mano en el identificador

–Seguramente no funciona desde la fundación de Puerto Marte- dijo pesimista, pero para su sorpresa un robot de modelo reciente le miró fijo desde el monitor.

-¿Qué desea mi estimado viajero? – preguntó la voz sintetizada y mecánica

– Una habitación para pasar la noche en este antro moribundo- respondió Herminio intentando hacerse el gracioso pero con un dejo de superioridad típica de los terranos...

-Ha llegado al lugar indicado-le respondió el robot ujier y habría jurado que había un tono de voz algo sarcástico –El sistema nos avisó que venía, mi estimado señor.

Herminio se sorprendió por la respuesta del armatoste mecánico. Reconocía el lenguaje de los robots mayordomo y le recordó su tiempo pasado en Puerto Luna, con sus casinos y sus salas de placer.

De pronto se abrió la puerta. El inmenso robot mayordomo lo miró de pies a cabeza.

-Necesito una habitación con ducha y algo de comer-dijo algo amilanado viendo hacia arriba.

-Todas nuestras habitaciones tienen procesador de alimentos. La ducha es compartida con otra habitación pero no tiene de qué preocuparse el señor, ahora no hay nadie en el hostel- respondió solícito el robot.

Luego de una espléndida e inesperada cena procesada que él mismo se preparó en el pequeño comedor-bar-cocina, se fue directo a la ducha, un minúsculo cubículo compartido con la habitación vecina. Cerró la puerta y comprobó que estuviera cerrada también la otra entrada; no quería interrupciones molestas. Se desnudó rápidamente y accionó el mando para agua caliente. Para su sorpresa la presión era tan buena como en los antros de Puerto Luna.

-Mmm, solo falta buena compañía- pensó divertido. -Quizás pueda llamar a un servicio de acompañantes más tarde- y con ese pensamiento rondándole en la mente se metió bajo el chorro de agua pulverizada de la ducha.

Sintió una corriente de aire y rápidamente volteó. Imaginó la temida interrupción desde la cabina contigua, pero entre el vapor de agua distinguió una silueta insinuante y bien formada de una mujer desnuda. De inmediato recordó sus vagos deseos y esperanzado saludó.

-Señorita, pase adelante, será un placer compartir la brisa con usted.-Nadie respondió.

Abrió la puerta de plexi pero no vio a nadie, de inmediato un escalofrío premonitorio recorrió su espalda. Comprobó que las puertas seguían cerradas tal y como las había dejado. En el

suelo de plástico mojado por el vapor había huellas de pies pero nada más. De inmediato recordó las absurdas pero inquietantes historias que le habían contado y se dispuso a terminar a toda prisa su baño.

Cuando estiró la mano para cerrar el paso de agua sintió algo ligoso y húmedo que escurría por su mano, al soltar un grito, una masa verde traslúcida cayó al suelo con un plof apagado.

-¡Es un Morfo!- exclamó asustado, reconociendo a uno de los animales depredadores carnívoros más abundantes en Marte: una masa informe con capacidades de metamorfosearse según los pensamientos de la presa. En ese momento supo que nunca más volvería a Puerto Luna, a sus casinos, salas de placer y casi le dio tiempo para entristecerse.

Los verdaderos reyes

Carlos Ruiz Santiago

Nació el 3 de mayo de 1998. Escribe fantasía, terror y ciencia ficción desde los 14 años. Profesor de idiomas acreditado por “TEFL International”, redactor en Dentro del monolito, ha publicado en la revista *Morningside*. Tiene dos novelas publicadas: *Salvación Condenada* y *Peregrinos de Kataik*. Ha sido publicado en las antologías *Dentro de un agujero de gusano* y *Mitos y leyendas*, ésta última organizada por *Vuelo de Cuervos*.

Estaban aquí mucho antes que nosotros.

Con sinuoso movimiento, el artrópodo se deslizó entre los escombros.

Parecía una hoja mecida por el viento, un montículo de arena que aún se resistía, estoico, al incesante paso del tiempo. El sol estaba bajo, deslumbraba con luz sanguinolenta.

El artrópodo fluía con sus afiladas patas entre la escoria. Restos de pasadas civilizaciones, cosas comidas por la arena, de cuando las tornas estaban cambiadas y los suyos estaban relegados a escalafones menores. Relegados, pero no olvidados. Reyes de sus propios mundos en miniatura, los insectos han sido siempre la

creación más perfecta de Dios.

Eso hubiera pensado el insecto si hubiera sido capaz de pensar en dioses. Para los insectos, no hay más dios que uno mismo, no hay regalo alguno que no se pague con el sacrificio de sangre. Dioses en miniatura, dioses que crecieron de nuevo cuando todo acabó para los otros.

Los otros. Aquellos.

Ninguno sabía por qué a ninguno le importaba. Su mente había aumentado, pero seguía funcionando diferente. Seguía siendo su propio mundo. El artrópodo se movió, lento pero seguro, entre las ruinas de un edificio caído.



Los ventanales eran puertas, las columnas combadas y destartaladas eran escondites, la calima, su polvo en suspensión eran la atmósfera de ultratumba que cualquiera hubiera deseado.

El tiempo de aquellos había acabado y ellos habían retomado su puesto. Los

artrópodos, y en eso quizás sí que se parecían a los dioses, no necesitaban demostrarle a nadie de su reinado, no necesitaban grandes muestras de poderío y dominancia inmediata. No, ellos podían esperar. Eran demasiado perfectos para desaparecer, solo debían esperar a tener una oportunidad, algo de hueco. Al igual que los dioses, tenían la eternidad para esperar.

Su mente había avanzado, pero seguía siendo diferente. Otros conceptos, otros colores, otras filosofías. Más fríos, más rectos, más perfectos. Inteligentes de otro modo, algo que resulta mucho más espeluznante que la inteligencia superior, tan sencilla y comprensible.

Las calles eran polvorientas y algo de vegetación se colaba entre las grietas. Formas verdosas y amarronadas se distinguían en el fondo de la planicie olvidada. Tantas muestras de vanidad, de grandilocuencia, desmenuzadas por sus propias manos. El insecto no lo entendía, pero es muy complicado destruir algo que no has creado. Los otros habían creado mucho, por ello su destrucción era inconmensurable, su muerte inevitable.

El cielo se había abierto y, con lo verde tomando el espacio de lo gris, los insectos habían vuelto a crecer. Reyes en su hegemonía de titanes, señores de la tierra y formas de vida dominantes. Para vencer cualquier batalla, solo necesitas esperar,

y solo los insectos podían esperar tanto. Algo hizo crujir el suelo y el invertebrado se envaró, sus dos apéndices superiores convertidos en curvilíneas sonrisas cadavéricas. Algo se arrastró en las sombras, algo pequeño e interesante. Con dos grandes ojos negros como estrellas muertas que ya nadie se molestaba en contemplar, el artrópodo se quedó inmóvil. Apenas un leve movimiento le mecía, dando la sensación de ser una hoja en aquel árido lugar, muerto y rodeado de vida vegetal, como si esta se negase a devolverle sus dones a aquellos, como si un odio inentendible y acérrimo surgiera entre ambos.

Las columnas, el polvo, los escombros, la

desesperación, el hambre. Todo confabulaba para mantenerlo ahí, oculto a plena vista. Uno de los otros apareció. De aquellos que creaban de aquellos que se creían con la hegemonía, de aquellos a los que la existencia había dado la espalda. Blandos, efímeros.

Era pequeño, una cría. Un retoño enfermizo que huía de algo, quizás de sí mismo, de su fracaso como especie. Harapiento, huesudo, miserable. Si el insecto hubiese sido capaz de sentir tristeza, hubiera llorado. No obstante, no podía ser. No en el mundo de los artrópodos, no en el mundo de la naturaleza. Cuando solo tienes tiempo para sobrevivir, te falta para la moral. Ell.

El artrópodo no hubiera podido comprender ese concepto, igual que tampoco entendía el amor o el odio.

El retoño avanzó, vacilante,
medio oculto en las sombras.

Vivir. Morir.

Esas cosas sí que las entendía muy bien.

Los apéndices del insecto se lanzaron como resortes. Demasiado rápido para el ojo ávido, ni hablar del cansado. Las guadañas lo aprisionaron y la muerte sonrió al crío. Sí, eso sí que lo entendía.

Dos mentes tan diferentes y, aun así, una conexión perfecta los unió. Así de bella era la muerte, a ese nivel de intimidad llegaba.

El insecto comenzó a devorarlo, en esa parte tierna entre la cabeza y el tórax. Ruidos crujientes. Delicioso icor escarlata. Al rato, el chico terminó por morir. El insecto tiró el cuerpo raquítico de la presa. Tenía cosas importantes que hacer. Después, golpeó donde creyó. El cráneo se abrió con un chasquido. Algo salía de ahí, algo grisáceo y carmesí, arrugado. Pensaba que era lo que buscaba, pero pronto se dio cuenta de que no. Foco de vanidades, el gran problema de aquellos, los otros, era creer que lo que les hacía únicos era mucho mejor que lo que hacía únicos al resto de seres vivos. Desagradable. Lo lanzó al suelo con desdén.

Siguió rompiendo y rajando hasta que, por fin, lo encontró. Bolsas arrugadas y rosáceas, unidas por tubos.

La inteligencia de los insectos había aumentado, aunque de otros modos.

Tubos, ellos tenían tubos. Era su única desventaja. Todos tubos, muy poco eficientes. Mas aquello, aquello era el verdadero don de los otros.

El artrópodo lo observó con ojos inexpresivos, pozas de tinieblas gélidas. El crío ya no los necesitaría. El insecto comenzó a asimilarlo, poco a poco, aprendiendo y mejorando, cambiando y adaptándose, asegurándose de no repetir los fallos de sus antepasados.

Estaban aquí mucho antes que nosotros.

Y estarán aquí mucho después de que nos
hayamos ido.

EL SANTUARIO EN EL BOSQUE

Ramón V. Lavardy

Alter-ego a tiempo completo, chimenea humana y escape creativo creado con la finalidad de canalizar ideas y dolores del alma.

Mayron en la vida real es un estudiante de ingeniería apasionado de las ideas bizarras, la cocina, el fuego y el bourbon

Clac

Clac

Clac

Clac

Un ruido metálico en la vitrina del taller...

-ayúdeme por favor

-Ya cerré amigo, puede venir mañana.

- Es una emergencia, necesito ayuda para mi niña.

Son las 11:34 de la noche, obviamente todo está cerrado, la luz de la trastienda se cuelga hasta el frente, probablemente por eso él se dio cuenta que sigo aquí y para colmo me vuelve loco que toquen el vidrio con objetos metálicos, lo sé, soy un viejo cascarrabias.

Me acerqué a la puerta para ver que quería.

-Ayúdeme por favor, es una emergencia, necesito ayuda para mi niña. Dijo con una voz calmada, casi robótica.

Me sorprendió que no respondiera con su código de identificación, por alguna razón alguien con mucho tiempo libre había decidido borrar el número de serie este droide y rebautizarlo con un nombre. En mis 45 años trabajando en esto, jamás había encontrado algún droide con nombre, supongo que hay una primera vez para todo, aunque presentía que no sería la única peculiaridad.

-Solo voy a ir por mis herramientas, ahora salgo, te voy a cobrar, aunque no seas humano

Vivo en la zona 1B78, no es precisamente como salir al parque por las noches. Saqué

del contenedor el acelerador de partículas, me puse mis lentes, encendí un cigarro, tomé mis herramientas y decidí salir.

-No es necesario que vaya armado, no pretendo lastimarlo.

-Claro que no, está en tu cerebro no hacerme daño, pero no sé si alguien más está contigo.

Toda la situación era muy extraña. Me llevó a un callejón donde estaba un Mustang negro, más específicamente un V8, funcionaba perfectamente a pesar de tener más de 70 años y cubierto de óxido. Dentro, había una muchacha en el asiento delantero, una niña atrás, tenía una venda en el brazo, el androide me pidió que revisara la extremidad de la niña, aclarándome que era robótica.

Quitó la venda del brazo, ésta mantenía un montón de piezas sueltas juntas, a pesar de

estar aplastado nunca había visto un trabajo tan meticuloso y perfecto, lastimosamente no tenía las partes necesarias para repararlo en el lugar, les ofrecí cambiarlo.

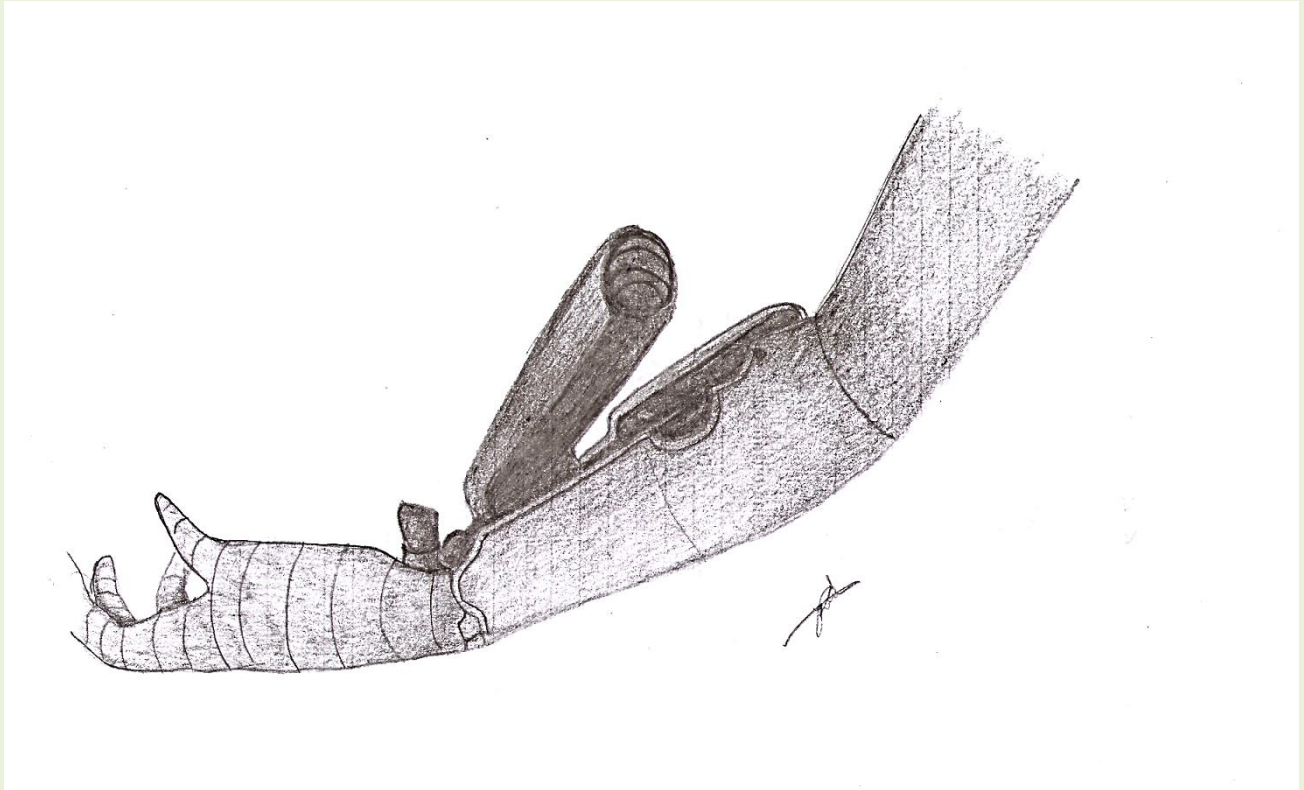
Busqué la neuroconexión que ligaba el bracito de la nena al cachivache de metal, pero no lo encontré, revisé el hombro, pero tampoco la pude encontrar, le pregunte a la mujer en el frente:

-Que prótesis tiene su hija?

-Ninguna, me respondió. Ella es **nuestra** hija, es un droide como nosotros.

No podía ser, revisé con mi scanner el ojo de la pequeña, tenía un recuento de 0 partes orgánicas. Se había prohibido por la ONU completamente la fabricación de androides infantiles, prácticamente desde que se inventó el asistente robótico. Ella

era en efecto una máquina, una pequeña y hermosa máquina.



Salí del asiento de atrás, le pregunté a Francisco, el androide, qué estaba pasando.

-Nosotros la hicimos, contestó. La hicimos como subproducto del amor que nos tenemos.

- ¿Quién es tu dueño?

- No tenemos un maestro, somos libres.

Las aclaraciones de este robot hicieron que mi cara cambiara.

-¿Está bien señor? Detecto que su pulso se acelera rápidamente,

¿Necesita que llame a emergencias?

-Nombre, todavía no me voy a morir.

Les pedí que me acompañaran al taller, tenía una curiosidad enorme por conocer más de su historia y la ciencia tras ellos. Accedieron bajo la condición que no le dijera a nadie.

Una vez en el taller, encendí todas las luces junto con el escáner corporal, quería conocer cómo funcionaba.

Eran muchas partes de muchos droides en un collage hermoso, estos androides no eran ingenieros, eran artesanos.

Me esforcé para que los arreglos tuvieran el nivel suficiente para hacerle justicia a la pequeña, en ese instante la línea que separa humanos y maquinas se esfumó sin darme cuenta.

-¿Cuál es tu nombre mi niña?

-Me llamo Fernanda.

-¿Me podrías contar que te paso?

-Estaba explorando el bosque y escuché un sonido muy fuerte, corrí lo más rápido que pude.

-Bien hecho mi niña, el bosque es peligroso.

-Sí, pero me cuidan mis tíos y toda mi familia.

Voltee a ver a los androides adultos

-¿Sus tíos, hay más como ustedes!?

-Así es, creamos una pequeña comunidad, vivimos en armonía con los seres orgánicos, un Santuario en el Bosque.

Terminé el trabajo, su manita se veía bastante bien, tenía la apariencia de tener 10 u 11 años, estaba extasiado, era el momento más increíble de mi vieja existencia.

-Le agradecemos mucho, estamos en deuda con usted.

La androide vio a Francisco, dijo en tono misterioso:

-¿le preguntamos? Su coeficiente de confiabilidad es muy alto.

-Me gustaría recurrir a largo plazo de sus servicios, muchos de nuestros amigos necesitan atención mecánica, nuestra condición es que debe venir con nosotros permanentemente, le daremos abrigo y los suministros que necesite. Dijo Francisco.

-Están locos, ¿dejarlo todo?

Giré la mirada al escritorio. Vi la vieja foto, realmente mi vida ya no está aquí, solo sigo la rutina que yo mismo programé.

Todo se fue cuando ella murió, quizás era el momento de empezar nuevamente. Una última aventura.

-Qué más da, igual a mis 65 no creo vivir mucho más.

Tomé la foto, mis herramientas, una caja de cigarros.

-Vámonos entonces, pero yo quiero manejar.

SUBSANACIÓN DEL EFECTO

Carlos Enrique Saldívar

(Lima, 1982)

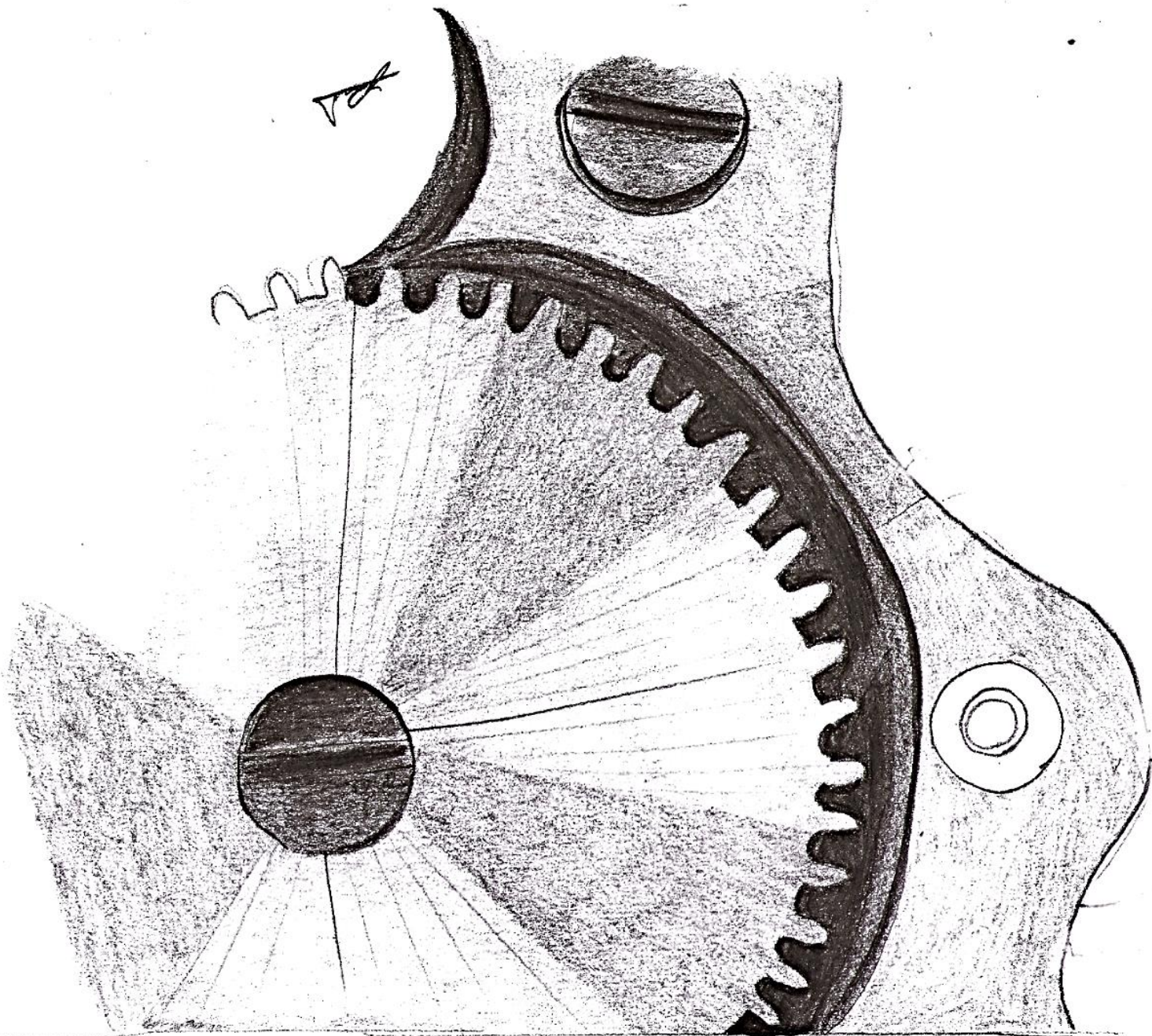
Finalista de los Premios Andrómeda de Ficción Especulativa 2011 en la categoría de relato. Finalista del Primer concurso de terror de la Sociedad Histórica Peruana Lovecraft. Finalista del XIV Certamen Internacional de Microcuento Fantástico miNatura 2016. Finalista del concurso GUKA 2017. Publicó los libros de cuentos *Historias de ciencia ficción* (2008,2018) *Horizontes de fantasía* (2010) y el relato *El otro engendro* (2012) Compiló las selecciones *Nido de cuervos: cuentos peruanos de terror y suspenso* (2011) *Ciencia Ficción Peruana* (2016) *Tenebra: muestra de cuentos peruanos de terror* (2017)

¡Eres un hombre! ¡Dijiste que eras un androide! ¡Mentiste, fingiste! ¡Fuera!

El sujeto se avergonzó. Era verdad, la había engañado. No tuvo más remedio que coger sus cosas y marcharse del cuarto de hotel. Se preguntó por qué diablos se había fijado en una chica bonita pero loca, de esas que solo pueden reaccionar sexualmente con autómatas.

Cuando ella estuvo sola, abrió su rostro cediendo paso a una serie de circuitos bastante pequeños. De su dedo índice derecho salió una punta de taladro y procedió a reparar sus sistemas integrados. El problema era un diminuto engranaje que se había salido de su sitio; el fallo de inmediato quedó reparado. Ahora ya podía usar bien su visión

detectora para diferenciar robots de humanos. «Esto no debe volver a pasar», se dijo. «Sólo debo estar con androides, son dulces, finos, corteses. Los hombres, en cambio, son unos idiotas».



LA PROCESIÓN

Sia Khe (ella)

Guatemala (1975)

Nació en la guerra, creció en Estados Unidos y regresó con la paz.

Arquitecta con estudios de administración financiera. Escribe ensayos e historias cortas con bases autobiográficas así como ficción. Los resultados de la mezcla de ambas le parecen interesantes.

Ella despertó de madrugada. El calor del sol aún no castigaba la tierra y el frío del viento hacían crujir las ramas de los árboles muertos. Los ruidos del delirio de Diana anunciaban un nuevo día, llevaba meses despertando a la misma hora.

Al principio creyó se trataba de una fiebre, pero los cambios de temperatura le hacían difícil diagnosticarla. Diana lloriqueaba y murmuraba algo sobre el regreso de la Virgen que traería vida y comida para todos. Ella le besó la frente, como alguna vez su mamá lo hizo para ver si tenía fiebre.

Le susurró canciones hasta que se quedaba dormida. Ya tranquila salía a medir la cosecha y recoger la humedad condensada durante la noche por las inmensas velas de plástico que bordeaban el bosque muerto y las dirigían en forma de una delgada corriente de agua al contenedor enterrado en la profundidad de la tierra que evitaban

su evaporación. El agua recogida era suficiente para beber y regar el huerto de tubérculos. Revisó las trampas para ver si había algún animal pequeño con que suplementar la comida del día.

Después de las tareas diurnas, despertaba a Diana y tomaban juntas el desayuno. Diana le pedía que le contara historias sobre cómo se habían conocido sus mamás. Ella le contaba la historia de cuando habían colaborado en una tesis doctoral sobre la creación de huertos de tubérculos modificados genéticamente que necesitaba la población para vivir y el sistema de captura y almacenamiento de humedad que usaban hasta el presente día. Ella quería saber del mundo de antes. Quería saber de las flores de todos los colores que ahora solo podía imaginar y de árboles con sus hojas verdes que daban frutas que rebosaban de dulzura cuando se

comían. Preguntó sobre los ríos de color turquesa, como el collar de su mama, de los peces que brillaban en el sol como que si fueran metal.

Diana quería saber sobre la lluvia. Ella nació cuando las últimas nubes desaparecieron para siempre.

¿Qué pasó con esa agua que caía del cielo? ¿Se iba a los ríos? ¿Se escondía debajo de la tierra? Ella contaba sobre el ciclo de agua: evaporación, condensación y precipitación. Diana se preguntó si los peces se evaporaban también.

Ella amaba ver las reacciones de Diana cuando le contaba las historias, sus ojos almendrados color miel y la forma de su boca le recordaban a Natalia.

Habían historias de las que no hablaban, de porque estaban tan solas, pues la gente murió del hambre junto al planeta. Natalia

era la razón por la cual seguían vivas, había defendido el hogar mientras pasó la época del caos con toda la violencia que su cuerpo pudo soportar. En ese entonces eran cuatro, Marcos había nacido en el momento equivocado, había sido un acto de esperanza. Todo se vino abajo cuando la leche le había dejado de fluir, Marcos se marchitó sin importar las mezclas de papilla con la cual habían tratado de alimentarlo. Lo enterraron detrás de la casa, donde la sombra le protegería de tener que soportar el calor. Ambas lloraron mientras repetían las oraciones que conocían. Natalia guardó silencio, no pudo llorar

La muerte de Marcos llevó a Natalia a tomar una decisión, el cultivo solo alcanzaría para dos personas. Esa noche mientras ellas dormían, desapareció entre el bosque muerto. Ella encontró su carta al

amanecer. Talló el nombre de Natalia en un trozo de madera que colocó junto a la tumba de Marcos. Esta vez, Diana no lloró.

Durante la cena ella le preguntó a Diana sobre a la Virgen. Diana contestó

-Es la Virgen del queso mamá, en mis sueños cada vez está más cerca, pronto estará con nosotras para traernos los regalos de la vida y comida.

Quiso indagar más pero no quiso hablar. Era la hora de dormir. Ella pensó en Natalia e hizo una oración donde le agradeció su sacrificio y rogó a Dios porque estuviera en paz.

Esa noche Diana despertó con una risa nerviosa.

-Mami, ¿oyes el ruido?

Ella estaba confundida, no era la hora en que iniciaban los delirios de Diana. Sorprendida corrió al closet donde guardaba el rifle de Natalia. Diana había salido de la casa y parecía estar hechizada viendo la escena.

-¡Diana, entra a la casa ya!

Diana río y comenzó a saltar.

-Mami, vienen por nosotros. Unos tambores junto a unas trompetas desafinadas sonaban dentro del bosque muerto.

-¡Diana, entra a la casa!

Diana bailaba

-Están regresando por nosotros y por Marcos.

Gritó en medio de la oscuridad

-¡Aléjense o disparo!

Vió las capuchas puntiagudas de los capirotos entre el humo del incienso y unas túnicas pegadas a unos cuerpos demacrados. Disparó en dirección de ellos pero Diana le jalaba el brazo de la emoción -¡Aléjense mierdas o los mato a todos!

Sus gritos fueron ignorados por el líder que calmadamente se dirigió a la parte trasera de la casa y exhumó el cuerpo deshidratado de Marcos.

-Mami, se llevan a Marcos para darle su leche.

Al seguir la trayectoria del líder, pudo ver la totalidad de la procesión, llevaban palanquines con ruedas gruesas verde-amarillentas, un olor fétido de leche podrida le invadió, otros jalaban unas ratas gordas. Ella sintió una sensación de asco mientras su cuerpo se congelaba antes de

desfallecer, trató de tomar la mano de Diana.

Natalia se despedía de ella en el aeropuerto

-¿Cómo voy a vivir sin tí este mes?

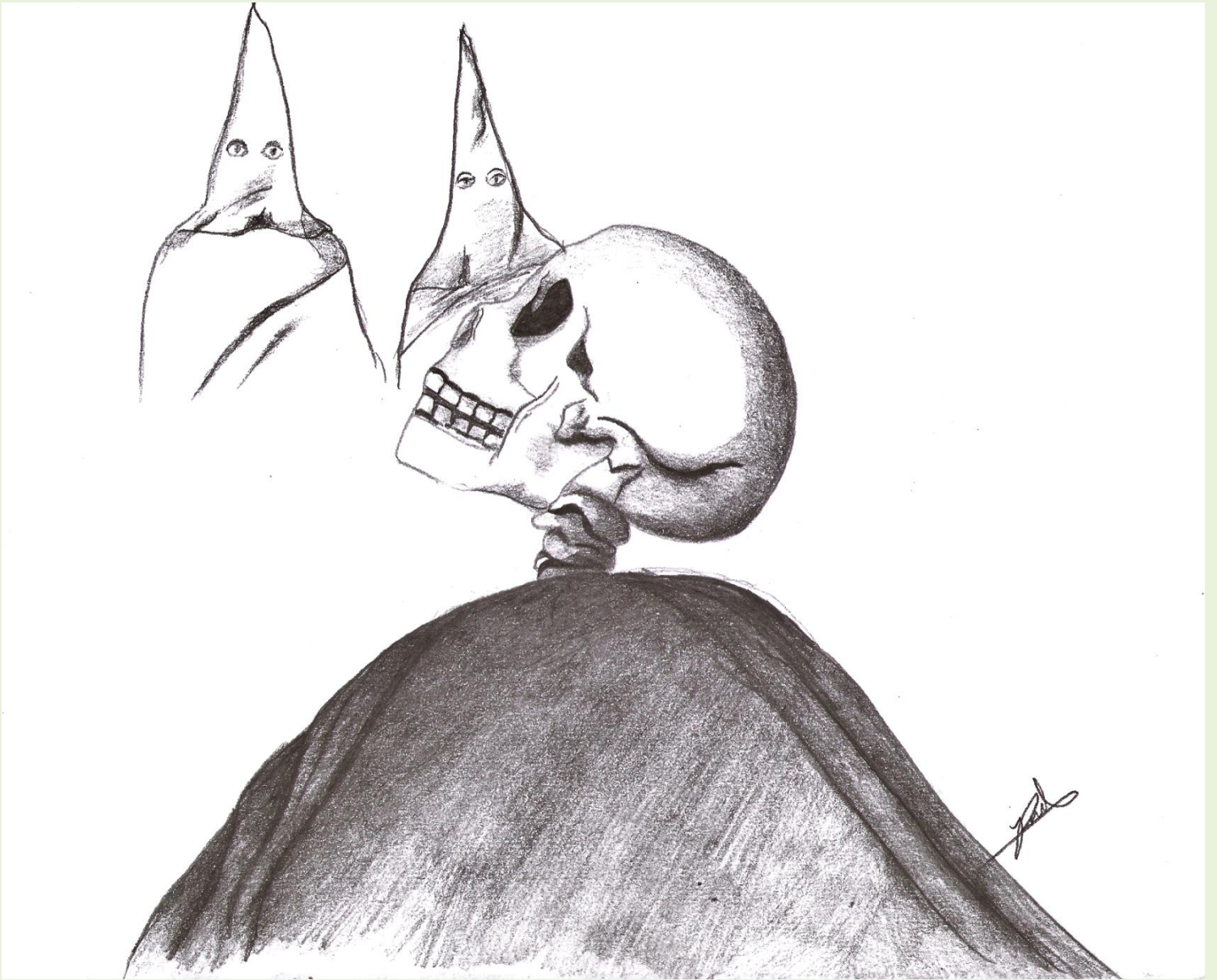
Natalia la beso y bromeó sobre la operación que le corregiría sus genitales, su sonrisa se perdió entre el sueño y el despertar transformando esa risa poco a poco en una cara momificada con una mandíbula descolgada. Lo que alguna vez había sido Natalia era piel seca donde se marcaban sus huesos.

La habían vestido con un manto celeste sucio y una túnica de blanco amarillento. El cuerpo de Marcos había sido colocado en su regazo. Con terror vio el estómago distendido de Natalia moverse y unos ojos diminutos de una pequeña rata saliendo del hoyo de su quijada, en sus manos

cargaba un pedazo amarillento verdoso que mordisqueaba.

-Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de vida que tu vientre nos dio- gritó el líder de la procesión, los demás procesionistas repitieron palabra con palabra en un tono monótono.

-Ves mami, la Virgen del Queso está con nosotras para siempre.

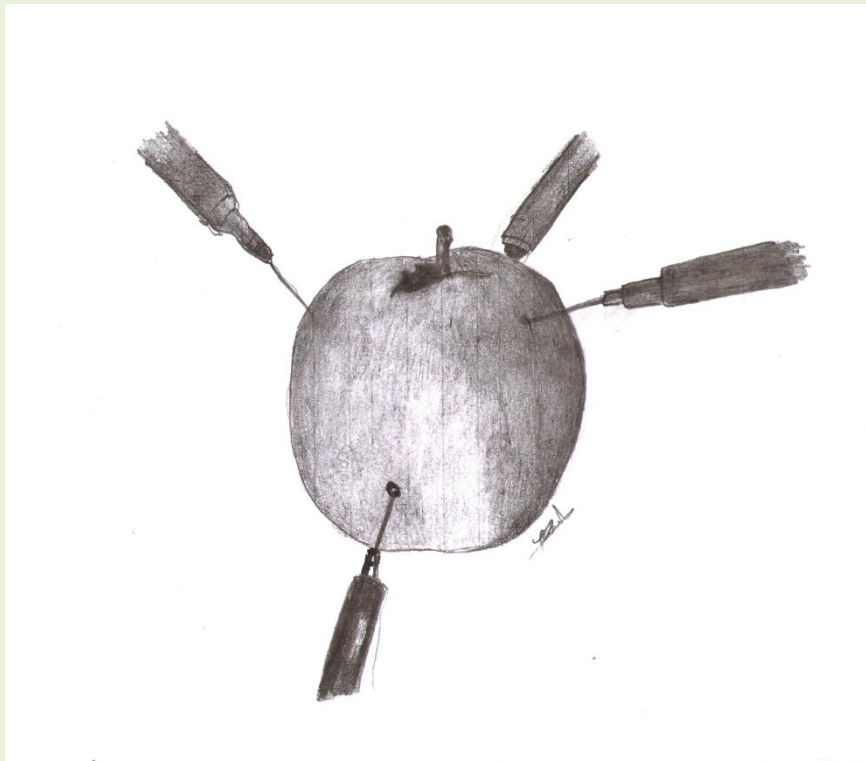


INCORRUPTIBLES

Alberto Sánchez Arguello

Managua, Nicaragua (1976)

Psicólogo, Profesor de Lengua y Literatura, minificcionista fundador del colectivo microliterario nicaragüense y del sello literario Paraferalia Ediciones Digitales. Ha publicado libros de Literatura Infantil y Juvenil, narrativa y minificción con Editorial Libros para niños, Anamá Ediciones, Santillana, Quarks Ediciones Digitales, El Taller Blanco Ediciones, La Tinta del Silencio, Takatuka Editorial, Scholastic, La Pereza Ediciones. Algunas de sus minificciones han sido traducidas al inglés, portugués, italiano, alemán y vietnamita.



Yo fui uno de los primeros niños que experimentaron la dieta de alimentos transgénicos. Fuimos una generación de hombres y mujeres atléticos, más altos y veloces que el promedio de las tablas estadísticas de los pediatras.

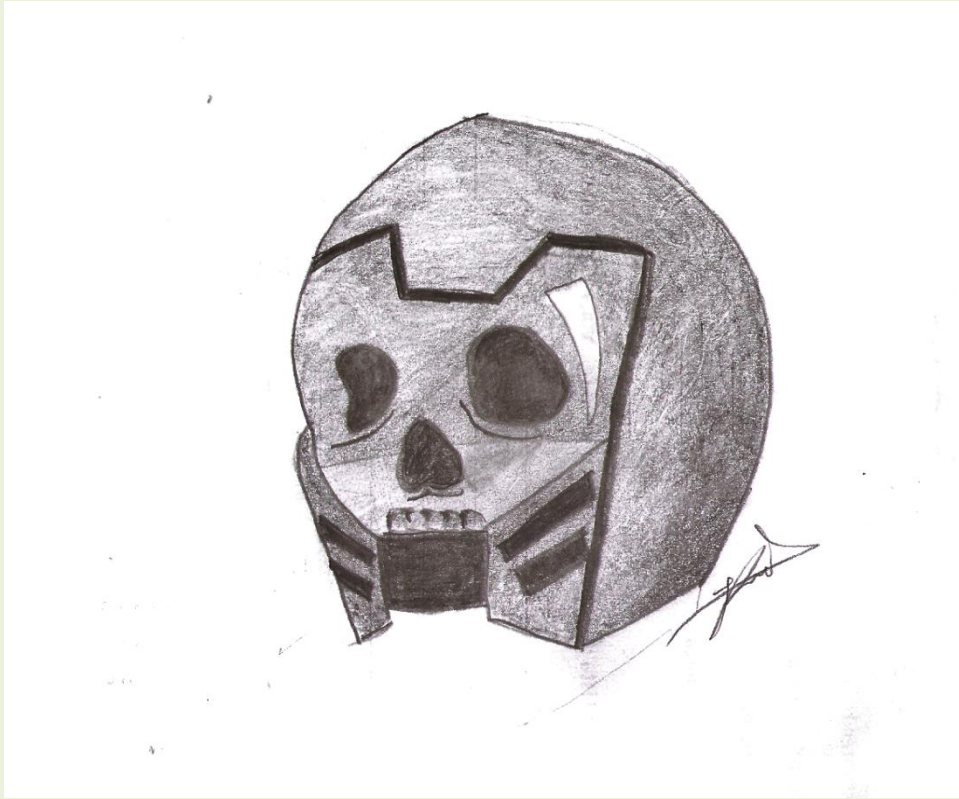
Algunos perdimos la capacidad de percibir el olor de las flores y otros el tacto en la planta de los pies, pero estas nimiedades no nos impidieron tener una salud de hierro digna de los patriarcas bíblicos.

Ahora, a mis ciento setenta años, soy testigo del resultado del juicio histórico entablado por los gusanos contra la humanidad: nos han reclamado haberles dejado sin alimento, ya que son incapaces de corroer nuestros cuerpos químicamente alterados. La tierra está saturada de cuerpos incorruptibles y las larvas y escarabajos nos han ganado el juicio: tendremos que enterrar alimentos de manera periódica. Mientras tanto ya se habla de expulsar los cadáveres hacia el espacio, o tal vez, hacer un bonito mausoleo en la Luna.

UNA LATA DIFÍCIL DE ABRIR

Krsna Sánchez N.

México, 1988. Becario FONCA 2019-2020. Autor del plaquette Mundos impostores, sangre ediciones y el libro Inventamos enemigos más útiles, editorial Literatelia. Ganador del cuarto concurso de ciencia ficción Las cuatro esquinas del universo, organizado por el instituto de astronomía de la UNAM. Mención honorífica de la edición XXXIV del concurso nacional de cuento fantástico y de ciencia ficción. Ganador de la categoría cuento en el Bazar de Horrores Fobica Fest 2020. Ganador del certamen de cuento corto fantástico, organizado por la revista Minatura. Ha sido publicado en las revistas Penumbria, Ficción Científica, Fantastique, Teoría Omicron, La cigarra, el club de la fábula, Lexikalia, Espejo Humeante, Himen y Engarce.



-¡De verdad fuiste una lata difícil de abrir!
Exclamó Simón como si pudiera ser escuchado por aquel coloso mecánico que se erguía en la cima de una pila de chatarra a mitad del vertedero.

Era un modelo bélico de blindaje pesado, tripulable, hercúleo, vagamente humanoide, sobrecargado de armamento en mal estado. El fuselaje, herrumbrado

por el tiempo, conservaba rastros de un trigramma pintado a manera de emblema. Esto lo señalaba como una unidad en activo durante la quinta o la sexta tecno-guerra mundial.

La cabina de controles se encontraba en el pecho del robot. Una escotilla, firmemente sellada, lucía una fisura circular al rojo vivo, recién finalizada por Simón. Por lo demás, no se apreciaba ningún otro daño importante en el exterior del armatoste gigante. Probablemente había sucumbido a un ataque sigiloso contra sus sistemas informáticos.

Conservaba condiciones físicas aceptables para donarlo como pieza de museo. No obstante, Simón jamás hubiera renunciado gratis a ese afortunado hallazgo.

Era muy inusual que un despojo militar llegara por error a un vertedero de uso civil. Ese imperio de desechos se regía bajo el pragmatismo más crudo. Las piezas reutilizables se vendían en los mercados clandestinos. Las cosas inservibles se destinaban a una trituradora que aguardaba hambrienta a las faldas de la pila de chatarra.

Vencer el blindaje del robot había exigido una tenaz tarea con un taladro de plasma. El largo esfuerzo invertido no hizo más que acrecentar las expectativas de hallar algún componente de tecnología singular. Ahora, todo estaba listo para inspeccionar las entrañas mecánicas. Un golpecito fue suficiente para que el trozo recortado de la escotilla se viniera abajo estrepitosamente. De inmediato, brotó por la abertura un tufo maloliente, rancio, pútrido.

Simón se apretó la nariz entre el pulgar y el índice, desdeñosamente, y asomó la cabeza dentro de la cabina.

-! Ay, qué susto, compañero!

Dijo sin disminuir la presión sobre sus fosas nasales

- ¿Por qué no me avisas que estas aquí?

Lo tomó por sorpresa la descarnada sonrisa de una calavera que pareció darle la bienvenida.

El cráneo amarillento se encontraba encima de un montón de huesos en el asiento del piloto. Era sencillo imaginar su historia. Carente de sistemas informáticos. la máquina se volvió para él como un sepulcro que no pudo abandonar.

Aislamiento total, desesperación, hambre, sed, ninguna esperanza. ¿Murió antes de convencerse de que nadie acudiría a ayudarlo? Y después del deceso tampoco hubo interés por recuperar su cadáver. Simplemente permaneció ignorado por el mundo entero, a la espera de ser descubierto, igual que una perla en una caracola llevada por las olas.

—Es un destino muy triste para el piloto de una creación tan maravillosa. ¡Qué mala suerte que no te hayan descubierto en una agencia funeraria!—

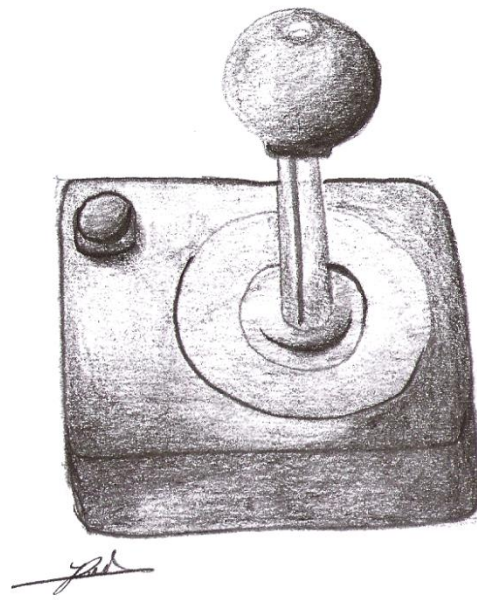
Simón cogió el cráneo y lo encestó de un tiro en el cubo de la trituradora.

Desconectado

Giovanni Orozco

Guatemala, 1983.

Narrador. Ingeniero electrónico graduado en la Universidad del Valle de Guatemala.



Eran las 6 de la mañana cuando desperté. Estaba parado en la cocina frente a la cafetera viendo caer el café. No tengo idea de cómo llegué allí. Estaba bañado, vestido, peinado y perfumado, pero no podía recordar haberme ni siquiera levantado de la cama.

Después, el día transcurrió como transcurren todos. Llegué al trabajo sin complicaciones. Sentarme delante de la computadora es ponerle pausa al tiempo. Los minutos se alargan mientras los cuento

para salir a tomar una taza de café. Que te pongan horario para tomar café es la esclavitud de los tiempos modernos. Cómo me gustaría que no fuera un botón de pausa sino el de adelantar lo que presionara en el control del tiempo, y que todo el rato que estoy allí sentado, contestando el teléfono, respondiendo correos, etcétera, pasase sin darme cuenta, sin tener siempre las mismas conversaciones vacías e insípidas como el café de la oficina. Hora tras hora, el día se decanta en minúsculas tareas sin trascendencia.

Pero andar en el tránsito es lo peor del día. La tarea mecánica de accionar los pedales y girar el volante no me trae ningún placer ni disgusto. No siento mis manos ni mis pies mientras manejo, todo ocurre fuera de mí. Mi mente escapa llevada por la música a lugares fuera de este tiempo, al pasado y

sus historias, al futuro y sus aventuras, todos los lugares, cualquiera menos este. Llegar a casa no es ninguna recompensa, me siento entumecido en el alma. Sin ninguna excusa para cambiar mi rutina. Beber cerveza y ver televisión hasta que el navío del sueño me lleve por las oscuras aguas de la noche hasta el puerto del alba, donde todo ocurrirá otra vez. Exactamente igual que ayer.

Pero el barco nunca tocó puerto; de alguna forma se salió del muelle y me dejó lejos tierra adentro. Abrí los ojos a mediodía, sentado frente a mi computadora a la mitad de una conversación telefónica. Me tomó un tiempo ubicarme. Sentía la realidad iluminar poco a poco la penumbra del ensueño en el que estaba. Mis labios pronunciaban palabras, pero estas no sonaban primero en mi mente. Primero las escuchaba y luego las entendía. Sabía de

qué se trataba la conversación, aunque no sabía con quién estaba hablando, ya sabía que era una de tantas que se repiten todos los días. Solo había que presionar play y dejar que la grabación hiciera el trabajo. Al finalizar la llamada, estaba asustado. Es normal no recordar que comí en el desayuno, o qué ropa usé ayer. Pero ir a la cama a media noche y despertar a medio día en la oficina era alarmante cuando menos. Me levanté y fui al baño; me mojé la cara y me vi en el espejo. Allí noté algo extraño; había un marco en mi mirada, como si mi visión se hubiera ampliado. Sentía que me había metido dentro de mi cabeza y podía ver el marco de la ventana por donde veo el mundo. Movía los ojos y todo se movía dentro del marco, como viendo el mundo desde dentro de una pantalla de televisión.

Me sentía normal; asustado, pero normal. No me dolía nada, no estaba cansado ni débil. Por un instante, sonreí por tener miedo. Hacía un buen tiempo que no sentía nada tan intenso. Ni siquiera el éxtasis de hacer el amor había llegado a tan hondas instancias de mi ser como lo hacía este miedo. Salí del baño respirando agitado y caminé hasta la puerta del elevador tratando de aparentar la mayor normalidad posible. Nadie me preguntó nada, solo un pasante me dedicó un cordial asentir de cabeza desde el enfriador de agua, el cual devolví sin pensar. En aquel momento me di cuenta de que no sabía si estaba sonriendo o no. Sabía que deseaba sonreír, pero no sentía mi rostro haciendo la mueca. Se abrió la puerta y al fondo del elevador había un espejo. Tenía una expresión extraña, una sonrisa exagerada y los ojos abiertos, asustados. Me puse serio, o pensé en hacerlo, y mi cara se

tardó un segundo o menos en obedecer. Iba jugando con mi rostro, haciendo caras y esperando a que el espejo las copiara, mientras descendía en el elevador. Empecé a pensar en enfermedades psicológicas. Tal vez padecía una especie de alucinación. Tal vez estaba experimentando un ataque de pánico o un efecto secundario del sedentarismo. Tal vez, las dos cosas o tal vez ninguna.

Me acerqué mucho al espejo hasta que mi nariz estuvo a punto de tocarlo. Coloqué mis manos fuera de mi visión periférica. Lentamente las acerqué con las palmas extendidas hacia afuera hasta que logré verlas. Allí estaba el marco. Un objeto que podía ver pero que no existía. Me esforcé por verlo, pero no con los ojos. Me concentré en él con la mirada fija en mis pupilas... y creció; ahora era algo sólido, una pared opaca que enmarcaba mi visión.

Ya no me sentía como yo, me sentía dentro de mí. De nuevo sonreí, pero esta vez sabía en mi interior que no movería la boca. No puedo explicar cómo había un yo interno, si yo ya estaba dentro de mi cabeza. Me estaba partiendo, desconectándome. Imaginé un panel de control y un teclado, para empezar los procesos automáticos. Imaginé todos los pasos que sabía que tenía que realizar para llegar a casa, y pulsé play.

Percibía el mundo a través de esta ventana plateada. No sentía el aire entrar en mis pulmones, ni la brisa en mi rostro. Llegué a mi automóvil y conduje a mi casa sin sentir nada. Veía mis manos sobre el volante y los autos a mi alrededor. Si quería mover una mano, no pensaba en mover la mano, pensaba en el teclado de mando, en el panel de control, presionaba el comando

para «mover la mano» y luego play, y entonces movía la mano.

Llegué a mi casa a media tarde, cuatro horas antes de lo acostumbrado. Estaba tan metido en mi cabeza que descubrir la infidelidad de mi esposa con mi vecino no me causó ninguna emoción. Lo vi todo desde mi pantalla, que ahora era como una habitación. Podía moverme dentro, podía imaginar un sillón y estar sentado cómodamente. Así vi cómo mi boca lanzaba gritos mientras mis puños golpeaban al vecino, sentado tranquilamente en un sillón reclinable dentro de la habitación de mi mente. La imagen se ponía borrosa con las lágrimas mientras mi esposa suplicaba que lo soltara y yo me reía dentro de mí al ver su expresión tan estúpida. Cuando la cosa se salió de control y vi como mi cuerpo se abalanzó sobre ella para golpearla,

presioné un gran botón rojo que decía STOP en el centro del panel de control.

La imagen siguió corriendo, pero mi cuerpo quedó inmóvil. Al verme paralizado con el puño en alto, mi esposa se apresuró a vestirse. Por un momento, me detuve a pensar qué debía hacer. Ella se acercó a su amante con sus pupilas –atadas a las mías por un cable de acero invisible– nadando en lágrimas. Luego bajé la mano y le dije a mi esposa: «Aún te amo, y nunca podría hacerte daño. Sólo espero que tú lo ames a él, para que sus heridas te duelan también».

No tenía ganas de seguir viendo esa escena, así que di vuelta a mi silla dentro de mi cabeza y dejé que el programa de mi ser se siguiera transmitiendo en automático por la televisión de mi vida. «Volveremos después del corte»; ya no quería ver más.

La vida fue muy diferente desde entonces; una experiencia única. Una rutina sin tareas tediosas. Puedo dormir todo lo que quiera mientras mi cuerpo se levanta por sí solo para arreglarme. Puedo ver películas en el trabajo mientras mi cuerpo se desgasta en esa silla donde se detiene el tiempo. Ahora tengo mucho hobbies. Sobre todo porque ya no tengo que preocuparme de mantener una casa. Ella se quedó con todo, ¿para qué quería cosas?, si mi cuerpo se quedaba sin comer o sin dormir, yo no sentía nada. A veces pasaba toda la noche sentado en el colchón maloliente del cuarto que alquilo en una pensión, y amanecía como si nada. Yo me siento limpio y fresco, con la barriga llena y el corazón en paz. Ahora voy al gimnasio, a clases de baile, salgo a caminar y estudio fotografía. Realmente soy incansable.

De vez en cuando paso frente al espejo y no me reconozco. Con la piel pegada a los huesos y blanca como una hoja de papel, pero estoy mejor así, sin ella. Yo estoy bien aquí conmigo mientras él está allá, sin ella.

**En el espacio nadie puede oír tus
gritos**

Gustavo Chávez Marcos

**México, 1994. Médico brujo, escritor nivel
gremlin y busca fantasmas en sus tiempos
libres.**

Un horror espacial.

En 1977, nació una de las mayores franquicias de todos los tiempos, Star Wars marcó un precedente no solamente por llevar la llamada "Space Opera"¹ a la fascinación colectiva, sino porque hizo soñar con el futuro, con los avances tecnológicos y los vuelos en el espacio. En los años posteriores hubo una creciente duda acerca de la inteligencia artificial, obras como; Terminator (1984), Blade Runner (1982), Akira (1982), RoboCop (1987) y Neuromancer (1984), daban por sentado que la ciencia ficción dominaría el mundo. Sin embargo, antes de que este gran tsunami ochentero se desatara y así como se soñaba con héroes como Luke Skywalker o Han Solo, un grupo de personas nos mostraría un lado más oscuro

¹ Arroyo Barrigüete, J. L. (2020). El cronotopo en la space opera: un análisis comparativo con la novela de aventuras. *Lexis*, 44(2), 805-822.

del futuro, llegaría a nosotros el Xenomorfo.

En mayo de 1979 llegaría a los cines una cinta, que se publicitaba así misma como, qué pasaría si el Tiburón de Spielberg (Jaws, 1975) sucediera en el espacio. No era de extrañar que una combinación como esa tuviera éxito. De la mano de gente como Ridley Scott en la dirección, Ron Cobb y H. R. Giger en el arte y Dan O'Bannon en el guion.

Alien el octavo pasajero, es una película con múltiples análisis, que al día de hoy sigue cosechando títulos para su saga (Prometheus, 2012) (Alien: Covenant, 2017), no obstante, marcó el inicio de un terremoto del cual vemos grietas visibles.

Un nacimiento artificial.

De la mano de Robert Edwards se llevó a cabo el procedimiento que dio como resultado el nacimiento de la primera bebé probeta en 1978², más allá del enorme significado que supuso para la ciencia, esto causó una polarización entre los individuos, quienes vieron esto como una oportunidad y los que no veían la situación como algo "natural" y dentro su moralidad, correcto. Sin embargo, en la naturaleza encontramos mecanismos similares, tal es el caso de las avispas parasitoides.

Las avispas fecundan a otros organismos con sus huevos, estos se alimentarán de su anfitrión, cuando las larvas estén preparadas para pasar a un estado de

² Mata-Miranda, Mónica Maribel, & Vázquez-Zapién, Gustavo Jesús. (2018). La fecundación in vitro: Louise Brown, a cuatro décadas de su nacimiento. *Revista de sanidad militar*, 72(5-6), 363-365.

pupa³, matan a su huésped. Alien toma estos elementos de la fecundación, la nave abandonada donde realizan la expedición de rescate, nos recuerda a una mujer en posición de parto, un par de piernas y una entrada que funge como la vagina, una especie de matriz donde yacen los huevos, no es coincidencia que los horrores maquínicos de Giger nos recuerden una imagen orgánica e incluso fálica, algo que está vivo y que palpita como si de una respiración se tratara.

O'Bannon nos dice que quería hacer una película de horror psicosexual⁴, el xenomorfo solamente quiere saciar sus deseos. El nacimiento del alien surge de una violación, los "facehugger" sirven como un mecanismo para la propagación

³ La metamorfosis completa tiene cuatro etapas: Huevo, Larva, Pupa, y Adulto.

⁴ H. R. Giger y el guionista de la película original (de 1979), Dan O'Bannon, crearon un monstruo que atacase directamente los miedos psicosexuales del público, como puede demostrarse en esta cita del propio O'Bannon: "Todo el mundo se suele poner nervioso con el sexo...", "No estamos hablando de lo gracioso que es que la cabeza del alien parezca un pene. Es que la cabeza del alien parece *deliberadamente* un pene".

de su especie. La nave funciona como un ambiente de amenaza constante para la tripulación. No es quién, sino cuándo.

El Nostromo también funge como una metáfora, la película inicia con una secuencia de la tripulación saliendo de un sueño, una especie de incubadora que nos recuerda a un nacimiento, después nos enteramos que quien los despertó fue el sistema central llamado "madre" y quien después los abandonará.

Un organismo no tan fuera de este mundo.

El monstruo, nos asusta porque está fuera de lo que nosotros consideramos normal, ya lo decía Mark Fisher, lo "raro" remite a aquello que no pertenece a lo humanamente cognoscible, las ficciones

nos han acostumbrado a fantasmas, demonios, inteligencias artificiales vengativas, asesinos con poderes, esto nos lleva al "horror sintomático", término que acuñó Anthony Sciscione⁵ donde entran ficciones como las casas embrujadas, lo "raro" entonces remite a lo que está afuera de nuestra comprensión y de los límites espacio y tiempo.

Xeno: Del griego, significa "extranjero" o "extraño".

Morfo: Del griego, significa "forma".

El Xenomorfo, está fuera de la forma. Existe desde la antigüedad, desde una civilización desconocida y yace como un antiguo⁶. Ataca a sus víctimas sin una razón aparente, algo no establecido dentro de la racionalidad que conocemos.

⁵ Sciscione, A. (2012). Symptomatic horror: Lovecraft's "The Colour out of Space". eds), *Leper Creativity, Brooklyn: Punctum Books*, 131-46."

⁶ Lovecraft, H. P. (1936). *En las montañas de la locura*.

El propio Ash como una inteligencia artificial, lo admira por ser un organismo perfecto ya que este no se cierne a principios de moralidad.

¿Se puede entonces afirmar que el Alien es una representación del mal? ¿O estamos ante una figura que no es tan distinta a nosotros? Algo que se adapta a distintos ambientes, que es capaz de transformarse y que por supuesto como la representación de Ripley, es capaz de sobrevivir a cualquier cosa.

REVISTA EXOCEREBROS

**Revista de ciencia ficción radicada en
Guatemala**

Número 2, Enero 2021

Selección de textos:

Marilinda Guerrero Valenzuela

Gustavo Chávez Marcos

Esvin López

Ilustraciones

Froy Balám

Pryscila Barroy

Twitter: @exocerebros

Fb: @exocerebros